

fue el que le dio la noticia de que habia muerto Carlota, y era que él y Maximon fraguaron esto para hacerle mas soportable la muerte á Maximiliano, porque se afligia acordandose de su esposa.

El dia 16 lo confesé y le administré el Sagrado Viatico. El mismo dia me dijo Maximiliano: "Hagame V. el favor de facilitarme un libro valiente." Como no hablaba bien el castellano me queria decir "un libro que le diere fuerzas para morir." Yo le llevé al dia siguiente un tomo de los sermones de Massillon, y á la otra vez que lo visité, dandome un abrazo y refiriendose al libro, me dijo: "¡Magnifico, magnifico!".

El dia 17 tratamos de una carta que debia <sup>poner</sup> al Santo Padre, pidiendole perdon de todas las faltas que habia cometido como Emperador catolico; él se prestó á ello de muy buena voluntad y me dijo: "Redacte V. la carta y yo la firmo."

Yo le dije que era mejor que la redactara él para que expresase espontaneamente sus sentimientos, mas él insistió en que la redactara y cedió. Al dia siguiente en la mañana le llevé el borrador de la carta y al llegar á las palabras "su humilde hijo" me dijo "y obediente, obediente escriba V." y levantandose de su asiento me dió un abrazo, diciendo: "¡exelente! exelente! solamente agregue V. que le suplico á su Santidad, que se

digne decir una misa por mi alma."

Escribí la carta con las adiciones hechas por Maximiliano, el cual la firmó y yo me la eché en el bolsillo para remitirla á Roma."

Yo le dije al Sr. señor Loria que deseaba tener una copia de dicha carta, y él me prometió que me la remitiria por correo; me la remitió, en efecto, y es la siguiente:

"Prision en el Monasterio de Capuchinas en Guetaro, a 18 de Junio de 1867.

Beatísimo Padre:

Al partir para el patibulo á sufrir una muerte no merecida, conmovido vivamente mi corazon y con todo el afecto de hijo de la Santa Iglesia, me dirijo á V. Santidad, dando la mas cabal <sup>y cumplida</sup> satisfaccion por las faltas que pueda haber tenido para con el Vicario de Querétaro, y por todo aquello en que haya sido lastimado su paternal corazon, suplicando alcanzar, como lo espero, de tan buen Padre, el correspondiente perdon.

Tambien ruego humildemente á V. Santidad no ser olvidado en sus cristianas y fervorosas oraciones, y si posible fuere, aplicar una misa por mi pobrecita alma.

De V. Santidad, humilde y obediente hijo que pide vuestra bendicion apostolica. — Maximiliano."

X

La carta, pues, no fue escrita en latin, que es el



idisma de la Corte Romana, porque aunque lo conocia el señor Soria, no lo conocia Maximiliano, no fue escrita en alemán que era el idioma de Maximiliano, porque este no lo conocia el señor Soria, sino en idioma español que era el que conocian los dos.

Todas las historias y muchos periodicos han referido que Maximiliano, en sus ultimos dias, escribió una carta al Papa; pero hasta hoy va á publicarse esta carta al pie de la letra. Luego que Pio IX recibió la carta hizo una Allocución muy sentida á los cardenales sobre los ultimos momentos de Maximiliano, y se celebraron solemnes exequias en la Capilla Sixtina, con asistencia del Papa, de los Cardenales, del cuerpo diplomático y demas grandes de Roma.

El Señor Soria prosiguiendo en su narracion me dijo: "En la tarde del mismo dia 18 fui á visitar á Escobedo para arreglar la hora en que le habia de decir la misa á Maximiliano, al dia siguiente.

Le dije: "Diré la misa á las siete" y me contestó: "No, no señor, dígala U. á las cinco." Le fui á comunicar esto á Maximiliano y me contestó: "Ah, ah, quiere decir que la cosa há de ser temprana!" En efecto, á las cuatro de la mañana me tiene U. listo." Con efecto, fui á las cuatro de la mañana y ya lo encontré con la cara lavada, muy bien peinado y vestido con aseo. Lo volvi á confesar, dije la misa, despues de ella le volvi á administrar el Sagrado Viatico, dimos gracias, se desayunó y platicó

mos un rato.

At las seis de la mañana comenzaron á sonar los tambores y las cornetas en el patio y por la escalera subia la tropa que debia de conducir á Maximiliano al suplicio. Se puso muy pálido y cortó la conversacion. Esta fue la unica vez que lo vi hervado.

Salimos luego de la celda y cuando llegamos al corredor ya él iba con su color natural, y sus modales fogosos. Luego que montamos en el coche comencé yo á temblar porque me dió una especie de convulsion y Maximiliano sacó luego del bolsillo un ponito con alcali y aplicandoselo á las narices me decía "¡Oh, ~~ah~~, no hay que tener miedo, no hay que tener miedo!" De manera que en lugar de auxiliarlo yo, él me iba auxiliando á mí ¡ya, ya, ya! Maximiliano llevaba en la mano derecha un pañuelo y un crucifijo mediano de bronce de mi propiedad, que tengo siempre sobre la mesa de mi estudio, y en la izquierda llevaba un rosario que le habia regalado su señora madre. Luego que el coche paró al pie del cerro de las Campanas, Maximiliano se puso el sombrero el cual era de color morado oscuro, de felpa y de copa baja y luego se lo quitó y arrojó en el asiento del coche diciendo: "¡Ah, esto ya no sirve!" Trató de abrir la portezuela, y no habiendo podido hacerlo pronto, se salió del coche sin abrirla, lo que me admiró porque era muy largo; é iba subiendo



han aprisa por el cerro que yo no lo podía alcanzar."

Después de haberme referido el Sr. Soria el modo con que se colocaron Maximiliano, Miramón y Mejía, y las arengas que dijeron el primero y el segundo, me dijo:

"Estando parado Maximiliano en el lugar en que lo iban a fusilar, me entregó el crucifijo, el pañuelo, el ponito con alcali y el rosario. Antes me había encargado que remitiera el rosario a la Archiduchesa Sofía. Dio algunos pasos hacia los soldados que lo iban a fusilar llevando algunas onzas de oro en la mano; el oficial que mandaba la ejecución le dijo "Atroz"; Maximiliano le dijo: "¿Qué, no se permite darles esto?" El oficial contestó que sí, y Maximiliano se acercó a los soldados y dio a cada uno un Maximiliano que era una onza de oro de a 20 pesos, con el busto del Archiducque.

Luego que fusilaron a los tres hubo una gritaria de "Muera el Imperio" y "Viva la República", sonido de tambores y cornetas y desfile de tropas, y yo me quedé parado y entristecido hasta que un oficial se acercó a mí y me dijo: "Padre, la misión de U. está concluida, y me parece que no está U. en su lugar." Luego baje de aprisa por el cerro, me metí en el coche, me fui a mi casa, y estuve algunos días enfermo del estomago.

Después un alemán me ofrecía 500 pesos por el crucifijo, y yo no se lo quise vender, diciéndole que también quería conservarlo como un recuerdo."

X

Luego que se fue el Sr. Soria me acosté, porque jamás, ni en mi juventud ni después, he acostumbrado leer ni escribir nada después de las nueve de la noche. Otro día en Guanajuato escribí estos apuntamientos, para conservar en la memoria al pie de la letra lo que me había dicho el Sr. Soria.

Dr. Agustín Rivera.

Sitio

Lo que el Gobierno pudo recoger y guardar con esmeroso cuidado en un departamento especial del Palacio de esta ciudad, son el cajón hecho de madera pintado de negro en que se introdujo el cadáver del Archiducque, para conducirlo del sitio de la ejecución a la ciudad, los banquillos que ocuparon durante la audiencia en el Consejo de Guerra, el mismo Archiducque y sus Generales Miramón y Mejía, las plumas con que se firmó la sentencia de muerte y el tintero de bronce dorado, maltratado por el uso, que sirvió en ese acto imponente.

También se conservan, un cuadro que contiene facsimiles de los principales personajes que sirvieron al Imperio, algunas fotografías notables y otros objetos históricos de reconocida autenticidad.

Este año se están haciendo investigaciones sobre el paradero del crucifijo que llevó Maximiliano en